

EL ASESINO DEL DOMINÓ

J. S. Baños

**Muestra descargable ofrecida gratuitamente en el sitio web de
Belaontzi: www.belaontzi.com**

© 2012, J. S. Baños

Tercera edición: octubre de 2022

Segunda edición: marzo de 2016

Primera edición: diciembre de 2012

© 2022, Belaontzi

www.belaontzi.com

Diseño de la portada: Belaontzi

ISBN-13: 979-8358978232

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los responsables del sello editorial. Asimismo, queda prohibida la venta de esta muestra previa del libro, ni en todo ni en parte, descargable exclusivamente desde el sitio web de Belaontzi de manera gratuita.

BO 0 0 0 0 2

I

Era una fría mañana de mediados de diciembre. Me dirigí al gimnasio a efectuar mis ejercicios para mantenerme en forma, tal y como hacía cuatro o cinco días a la semana.

Aquel día iba a ser diferente, pues iba a conocer a un hombre que me daría mucho trabajo. No es que a mí me faltase el trabajo, yo era escritor de novelas y siempre había alguna historia interesante que contar. Pero aquella persona que iba a conocer, por azar de la siempre divina fortuna, era comisario de policía e iba a colaborar con él.

Esta aventura empezó cuando llegué a mi destino. Yo vivía cerca y acudí andando, él vino en su coche, que aparcaba en el parquín situado en un patio interior donde se encontraba la entrada principal del gimnasio. En el aparcamiento, que no era excesivamente grande, solo cabían unos 12 coches y era exclusivo para los socios.

Él estaba haciendo una maniobra de marcha atrás cuando me dio un golpe que me hizo rodar por los suelos. El conductor del vehículo se percató del accidente al momento y paró el coche instantáneamente, un Volvo de color azul marino impecablemente limpio, y se apresuró a socorrerme, al tiempo que me preguntaba:

—¿Está usted bien?

—Sí, creo que sí —le respondí desde el suelo.

Al tiempo que él me ayudaba a levantarme, pude ver un trozo de plástico transparente que salía de su maletero.

—Suba usted a mi coche, que lo llevaré a urgencias —me dijo amablemente.

Comprobé que no tenía nada roto, excepto mi dignidad, así que le dije:

—No hace falta, ha sido más el susto que otra cosa.

—Como usted quiera —me dijo al ver que yo estaba bien—. Disculpe usted, no me había percatado de su presencia. Permita

que me presente, mi nombre es José Gutiérrez Álvarez. Si en cualquier otro momento se siente usted indispuerto a consecuencia de este lamentable accidente, me lo dice, que mi seguro se hará cargo de todo.

—Gracias, señor Gutiérrez, le aseguro que estoy perfectamente.

—Insisto en que estoy a su disposición a la hora que sea. Tenga una tarjeta con el número de mi teléfono móvil.

Cogí la tarjeta y le dije:

—Gracias, creo que no necesitaré nada. Yo me llamo Richard Mckees.

—¿Es usted el novelista? —dijo sorprendido.

—Sí, soy yo.

—Encantado de conocerle —me dijo mientras me estrechaba la mano.

—Le aseguro que a mí también me ha gustado conocerlo. Ahora, si me disculpa, voy a hacer mis ejercicios.

—Claro, claro, ya nos veremos —me contestó a modo de despedida.

Una hora y pico más tarde, serían las ocho y media, salí del gimnasio y fui directamente hasta la cafetería, que estaba situada al otro lado de la calle. A esa hora siempre estaba llena. Como de costumbre, me dirigí al final de la barra y el camarero me dijo que en un momento me serviría. Oí por detrás que me llamaban por mi nombre.

—¡Señor Mckees!

Al girarme, comprobé que era José Gutiérrez, el hombre con el que apenas unas horas antes había tenido el accidente.

—Por favor, siéntese usted aquí y deje que le invite.

Me fijé en que era una persona de mediana estatura, tendría unos 45 o tal vez 50 años, bastante delgado y correctamente vestido, con un traje oscuro y corbata azul con unas finas rayas rojas. Pensé que debía de tratarse de algún ejecutivo de alguna importante empresa. Era muy educado y creí oportuno aceptar su invitación, así que fui a la mesa donde él estaba.

—Gracias, es usted muy amable.

—Es lo menos que puedo hacer después del lamentable accidente de esta mañana —me dijo apenado.

—Mire usted, no quiero que se sienta obligado a nada, pues yo estoy perfectamente y me gustaría que me hiciera el favor de olvidar lo ocurrido.

—De acuerdo —me contestó.

Como yo quería cambiar de tema, le pregunté:

—¿Viene usted mucho? Al gimnasio, me refiero.

—La verdad es que no vengo casi nunca, tengo mucho trabajo y no dispongo de tiempo libre.

—Debería usted tomarse su trabajo con más cautela —me aventuré a decirle, sin saber a qué se dedicaba.

—Ya me gustaría... Sepa que soy comisario de policía, y raro es el día, como hoy por ejemplo, que no me llaman por teléfono con alguna que otra urgencia —me dijo con cierto éxtasis.

Al informarme de su profesión, entendí o creí comprender por qué no le había visto nunca antes por ninguna de las salas del gimnasio.

—Sí, claro, siempre tendrá casos que resolver urgentemente y no como yo, que si no trabajo por la mañana, lo puedo hacer por la tarde o por la noche.

—Dichoso usted, que puede elegir. Tengo varias de sus novelas y siempre las encuentro interesantes.

—Si me lo permite y a usted le parece bien, nos podemos tutear —le dije.

—Sí que me parece bien, te lo iba a proponer ahora mismo.

—Dices que encuentras interesantes mis novelas, supongo que te refieres a las policíacas.

—Sí, esas son las que me interesan —me dijo con una ligera sonrisa.

—Con tu trabajo, no entiendo cómo tienes ganas de leer esa clase de historias, que casi siempre son inventadas y que no han ocurrido nunca.

—En eso te equivocas. Lo que escribes y piensas que no ha sucedido, te puedo decir que ocurren casos similares continuamente. No exactamente como los cuentos, pero

sucedan.

En ese preciso momento, Juan, el camarero, trajo nuestros desayunos. El mío consistía en huevos revueltos, pan tostado y un café americano. Teníamos un acuerdo: si no pedía otra cosa, siempre me serviría lo mismo. Al comisario le sirvió un café con leche y una pasta rellena de cabello de ángel.

El comisario y yo empezamos a degustar lo que nos habían servido. Estábamos hablando amistosamente cuando sonó el teléfono de José Gutiérrez. Contestó y escuchó lo que su interlocutor le estaba explicando. De repente, se puso muy serio y dijo que avisasen al subinspector Marcos Santafé. Él acudiría en cuanto le fuese posible.

—¿Problemas? —pregunté.

—Lo que te decía antes, siempre ocurre algo. Ahora tendré que marcharme, y eso que estaba disfrutando de tu compañía.

—Siempre podemos quedar en otro momento y continuar conversando —le dije, dándole a entender que comprendía que tuviera que marcharse.

Él se quedó pensativo unos segundos y me dijo con una amplia sonrisa:

—Pensándolo bien, podrías acompañarme, si no tienes otros planes. Verás cómo es una investigación policial y tendrás tema para escribir una novela con base real, sin ser ficticia.

—Si no es una molestia para vosotros, yo estaré encantado —le contesté entusiasmado.

—Solo una cosa: todo lo que veas y oigas debe permanecer en secreto hasta la resolución del caso —me dijo muy seriamente.

—Por mí de acuerdo.

II

Nos dirigíamos en su Volvo hacia la Calle Mayor de Sarriá, lugar donde se encontró la persona asesinada. Durante el viaje, el comisario me empezó a explicar de qué se trataba el caso:

—Para que estés al corriente, te voy a explicar de qué va esto.

—Adelante, te escucho.

—Por lo que sé, han asesinado a una chica joven, de unos 22 años, y la han tirado a un container de basuras envuelta en un plástico. Si es como me han contado por teléfono, es el tercer asesinato de la misma forma en pocos días.

—Así que estamos ante un asesino en serie —afirmé más que pregunté.

—Eso parece, aunque no estamos del todo seguros.

—Supongo que tendréis alguna pista de los otros dos casos.

—Lamentablemente no. No encontramos ni huellas, ni ADN, ni nada que nos pueda ayudar a esclarecer el caso. Esperemos que esta vez el asesino nos haya dejado algo que nos sea útil para su identificación y posterior detención.

—¿Cómo sabéis que se trata del mismo asesino? —pregunté.

—Por el modus operandi y por la firma. En este caso, como los otros anteriores, degüella a sus víctimas, las abandona desnudas en un contenedor y siempre deja una ficha de dominó. Si no me equivoco, hoy habrá dejado la tres blanca.

Había mantenido toda la conversación sin inmutarse lo más mínimo, se notaba que estaba acostumbrado a tratar casos de esta índole y supuse que otros mucho peores.

Al llegar al lugar de los hechos, los coches policiales allí presentes, tanto de la policía como de la Guardia Urbana, nos indicaban el punto exacto donde se encontraba el cadáver. Los agentes, al ver al comisario, nos dejaron pasar.

Al bajar del coche, varios policías saludaron al comisario, uno se le acercó y le estuvo informando. Pude observar, que mientras hablaba con su superior, me miraba de reojo. Yo lo reconocí al

instante: era el ayudante, mejor dicho, fue el ayudante de mi amigo el inspector Felip Llop, hasta que este se trasladó a Mallorca a petición propia.

El comisario me dijo que me acercase, yo me había mantenido a una distancia prudente.

—Permítanme que les presente: el subinspector Marcos Santafé, el señor Richard Mckees.

Los dos hombres se estrecharon las manos y Richard le dijo:

—Hola, señor Santafé. Me acuerdo de usted, antes era el compañero del inspector Llop.

—Sí, yo también me acuerdo, usted es el sobrino de la señora Martí.

—Parece ser que en Barcelona siempre seré el sobrino o el primo de los Martí —dije sonriendo.

—Sí, cuando a uno le cuelgan una etiqueta, es muy difícil sacársela de encima —me contestó riendo—. ¿Puedo saber qué intereses le han traído hasta aquí?

—Le he pedido que me acompañe —contestó el comisario—, que observe y nos diga si ve algo que a nosotros se nos escapa. A veces el punto de vista de alguien que no está acostumbrado a ver estos casos puede resultar valioso.

—Entiendo —dijo Santafé, que no le gustaba lo que su jefe se proponía hacer.

—Procuraré no molestar —dije al ver la mirada del subinspector.

Todo el rato permanecí a cierta distancia, observándolo todo, procurando no perder detalle de lo que estaba aconteciendo. Vi como un par de agentes revolvían el interior del container de basuras, buscando alguna pista o detalle que les sirviera para aclarar el asunto. No encontraron nada. El comisario y el subinspector estaban preguntado a una mujer, la que había encontrado el cuerpo de la difunta, por los detalles de su descubrimiento. Se trataba de una mujer mayor, de unos sesenta y tantos años, y no paraba de santiguarse. Evidentemente, la buena mujer no sabía nada y no paraba de decir que nunca olvidaría el mal momento que había pasado al ver el cuerpo

desnudo de la pobre muchacha.

El cuerpo de la asesinada estaba en el suelo, tapado con una manta. Era evidente que esperaban al forense, quien aún no había llegado, para después trasladar el cuerpo al Instituto Anatómico Forense y hacerle la autopsia.

Mientras deambulaba de aquí para allá, un agente me dijo que no tocase nada o que me pusiera guantes. Le respondí que no era necesario, que no iba a entrometerme en la investigación.

Un chico me llamó, estoy seguro de que me confundió con un policía. Yo me acerqué y le pregunté qué quería. Me dijo que, si le invitaba a una Coca-Cola, me diría quién había matado a la mujer. Mientras hablaba con dificultad, observé que era mongólico. Le pedí que esperase un momento y fui a informar al subinspector.

—Perdone, aquel chico dice que ha visto lo que ha pasado.

—Se refiere usted al retrasado —me contestó Santafé.

—Sí.

—Ya he hablado con él y no dice más que sandeces, no vale la pena perder más tiempo.

—Si usted me lo permite, yo puedo hablar con él, a lo mejor a mí me cuenta otra versión.

—Como usted guste —me dijo en tono despectivo.

Me encaminé hasta donde estaba el muchacho, y le pregunté:

—¿Has visto lo que ha sucedido?

—Sí... desde mi balcón —me señaló una ventana.

—¿Vives ahí?

—Sí... Si quieres que te diga... que pasó... me tienes que comprar una Cola-Cola.

—Vale, yo te invito y tú me cuentas lo que has visto.

—Sígueme.

Sin dejarme decir nada, se alejó y yo le seguí hasta un bar que estaba cerca del lugar de los hechos. Entró en el establecimiento y se dirigió directo hacia el empleado.

—Quiero una... Cola-Cola... grande... que me invita... este señor.

El camarero me miró y yo asentí con la cabeza. Le puso la

bebida, una botella de litro, y se bebió casi la mitad directamente del envase.

—Ahora dime, ¿qué has visto? —le pregunté.

—Era de noche —hizo una pausa, eructó y siguió hablando—: ...estaba muy oscuro... me asomé a mi balcón... vi a un hombre de oro...

—¿Qué más?

—Nada más.

—¿Qué hizo ese hombre?

—No sé... abrió la caja... tiró no sé qué... se fue...

—¿Qué hora era?

—Como quiere que lo sepa... si yo... dormía.

—¿Por qué has dicho que era un hombre de oro?

—Era... de oro... ¿Tú... tampoco me... crees?

—Sí, te creo. Anda, acábate la Coca-Cola.

Le dije con el convencimiento de que no había visto nada. El subinspector Santafé tenía razón, solo decía cosas incoherentes. Le pagué la bebida al camarero y este me dijo:

—No le haga caso, solo busca que le inviten.

—Ya veo —contesté—. ¿Usted conocía a la chica?

—No sé quién es la muerta. ¿Cómo se llamaba?

—Pues si quiere que le diga la verdad, no lo sé.

Viendo que no sacaría nada, me dirigí hacia la barrera policial, a ver si podía averiguar quién era la difunta.

Cuando llegué, observé que varios policías, entre ellos el comisario y el subinspector, estaban alrededor del cadáver. Un hombre estaba examinando el cuerpo, debía de tratarse del forense.

Me acerqué y vi la cara de la difunta, la reconocí de inmediato. Era la hermana de Pili, mi asistenta.

—A esta mujer la conozco yo —balbuceé más que dije.

Todos me miraron expectantes.

—¿La conocías? —me preguntó el comisario.

—Sí, su nombre es Asun López y es la hermana de mi asistenta.

Mi rostro reflejaba incredulidad y mi tez se había vuelto

blanca, me estaba mareando ligeramente.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó el comisario.

—Sí, voy a respirar un poco de aire.

Me alejé unos pasos y me senté en uno de los pilones que habían puesto para que los coches no aparcasen encima de la acera. Al cabo de unos pocos minutos, ya me había repuesto de mi impresión y me volví a acercar hasta el cuerpo sin vida de Asun. Santafé me dijo:

—Si se ha mareado, no se preocupe, a todos nos pasa alguna vez.

—No es eso lo que me preocupa. Se lo tendré que decir a Pili.

—¿Quién es Pili? —me preguntó.

—Mi asistenta y la hermana de la difunta.

—Si quiere se lo comunicaré yo —dijo comprensivamente.

—No hará falta, pero gracias de todas formas.

—¿Sabe qué? Al identificar a la muerta, nos ha ahorrado mucho trabajo.

—Me alegra saber que he sido de alguna utilidad.

—¿Ha hablado con el chico subnormal? —me preguntó de una forma un tanto despreciativa.

—Sí. Como usted dijo, todo lo que me ha contado es muy enredado, creo que no ha visto nada.

—Yo llegué a esa misma conclusión —me dijo con una oculta satisfacción.

Se nos acercó el comisario y me dijo:

—Ya hemos acabado. Voy a jefatura, si quieres te puedo dejar en tu casa.

—Con que me dejes a la altura de la calle Mallorca, será suficiente.

—Bien, bajaré por Pau Clarís, si te parece bien.

—Me va perfecto.

Dirigiéndose al subinspector, le dijo, aunque más bien ordenó:

—Santafé, usted indague entre los vecinos, a ver si sacamos algo en claro. He pedido a Carlos Nicolás que venga a ayudarlo.

—De acuerdo, jefe.

Ya de bajada hacia el centro de la ciudad, le pregunté:

—He visto el corte en el cuello de la pobre Asun, pero lo he visto muy limpio. ¿No tendría que haber un charco de sangre?

—Sería lo normal, pero el asesinato ha sucedido en otro lugar. Después de lavar el cadáver y envolverlo en plástico, lo tira en un container de basuras, cerca de donde vive la víctima. En los otros dos casos sucedió lo mismo.

—Dices que lava el cuerpo después de muerto... ¿Por qué?

—Lo limpia concienzudamente, así elimina cualquier rastro que pueda darnos alguna pista. Como ya te he dicho, no encontramos ni ADN, ni huellas, ni nada que nos pueda ser útil.

—¿No sería más fácil abandonar el cadáver en cualquier otro lugar que no donde vive la víctima?

—Creemos que lo hace para no darnos ninguna pista. Si siempre lo hiciera en algún barrio concreto, o tal vez en alguna ruta, podríamos descubrir alguna cosa, pero de esta forma no podemos averiguar nada.

—En los otros dos casos, ¿de dónde eran las víctimas?

—La primera era de Sants, era enfermera del Hospital Clínic; la segunda vivía en Nou Barris, trabajaba de administrativa. Como ves, son barrios y profesiones diferentes. Si te pasas esta tarde por jefatura, te enseñe el expediente y lo lees, veremos si tú averiguas algo nuevo.

—Por mí de acuerdo —hice una pequeña reflexión y dije—: Por lo que llevo visto y oído, os enfrentáis... rectifico, nos enfrentamos a una persona muy inteligente, que planea con sumo cuidado todos y cada uno de sus pasos.

—Me gusta.

Le miré desconcertado. El comisario tenía una sonrisa un tanto burlona y pregunté:

—¿Qué es lo que te gusta?

—Que tú quieras participar en la investigación, puedes sernos de gran ayuda. Pero debo advertirte que no hagas tonterías, que no vayas por ahí haciendo preguntas, puede resultar peligroso. Si te sucediera algún accidente, yo no me lo perdonaría nunca.

—Te prometo que antes de mover un dedo te pediré permiso.

—Será lo más prudente.

—¿Había una ficha del dominó?

—Como te dije, la tres blanca.

—Supongo que las otras dos fueron la una y la dos blanca.

—Correcto —de nuevo tenía aquella sonrisa irónica.

Llegamos al cruce en el que le había pedido que me dejara.
Bajé del automóvil, cogí mi bolsa de deporte y nos despedimos.

¿TE ESTÁ GUSTANDO LA LECTURA?

La policía ha encontrado a la tercera víctima del *asesino del dominó*. Richard Mckees está dispuesto a todo para llegar hasta el fondo de este caso y esclarecer los hechos. Sigue la pista de este complejo asesino en serie y acompaña a Richard en su búsqueda de la verdad. ¡Haz click en los enlaces!

El Asesino del Dominó

Libro en papel

<https://amzn.to/3D9WJGR>

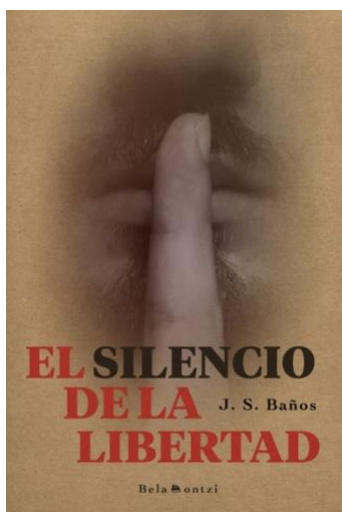
E-book

<https://amzn.to/3Fe4qyr>

DESCUBRE OTROS TÍTULOS DEL AUTOR



<https://amzn.to/3D8X0Kh>



<https://amzn.to/3D8ZjmZ>

ACERCA DEL AUTOR

J. S. Baños (Barcelona, 1948-2021) no empezó su carrera literaria hasta 2006, año en que se jubiló como banquero y empieza a escribir sus primeros relatos.

A su primer libro, *El Enigma de la Editorial*, le siguió una segunda parte titulada *El Asesino del Dominó*, convirtiéndose este último en su primer libro publicado por una editorial alemana en 2012.



Cuatro años después, ambos libros se reeditan y se publican, siendo *El Enigma de la Editorial* su segundo libro publicado. Ambas publicaciones forman parte de la saga *Richard Mckees*, un escritor rodeado por el misterio y los casos policiales más difíciles de resolver que acontecen en Barcelona.

En 2017, se publica su tercer libro, *El Silencio de la Libertad*, que cambia la trama policial de las dos primeras novelas por una ambientación histórica en el contexto de la Guerra Civil Española. En ella, David Torres narra sus vivencias durante los años más difíciles que experimentó España desde un punto de vista inesperado.

En 2022, un año después del triste fallecimiento del autor, se reeditan al completo los tres libros a título póstumo bajo el proyecto *Belaontzi*, en el que nace un sello editorial con el fin de preservar su memoria y legado, así como para descubrir e impulsar nuevo talento en el mundo literario.